ABC 29 enero 59 (51) 96

HABLEMOS DEL SERVICIO

Un amigo mío, muy sectario, decía para denostar la capacidad femenina que hasta aquellas actividades que caen por definición dentro de su órbita peculiar son siempre, en sus momentos de crisis y en sus fases superiores, asumidas por el sexo fuerte. Tales, por ejemplo, la cocina y la moda. Yo disto mucho de participar en los puntos de vista de tan hosco opinante, y no por galantería, sino por convicción. Vale mucho una mujer como es debido. Ahora bien: eso no es óbice para que reconozca, como un hecho probado, que la jerarquía de los cocineros y la de los modistos está a muchos puntos por encima de la de sus similares del sexo débil; que, igualmente, el menester de la compra, en los azarosos tiempos de las cartillas, pasó a ser desempeñado por sesudos varones al margen de las menegildas y de las amas de casa, y que ahora, cuando el problema del servicio doméstico se agudiza, comienza a invadir poco a poco las preocupaciones del hombre colocado hasta el momento, por regla general, al margen de ellas.

No veamos los varones en semejante hecho motivo ninguno de desdoro. Papini transcribe en su biografía de Miguel Angel la carta que dirige a su sobrino Lionardo, el genial artista, el 10 de agosto de 1550, en la que le ruega que busque en Florencia una criada que sea buena y limpia. "Aunque ya sé que es muy difícil —añade con escepticismo—, porque todas son deshonestas y puercas." Pese a tal condenación, añade: "Avísame. Yo doy diez julios al mes. Vivo pobremente, pero pago bien."

Es, pues, clarísimo que allí donde Miguel Angel no tuvo reparo en intervenir personalmente, ninguno de nosotros hemos de juzgarnos rebajados por imitarle. El problema, sin embargo, parece hoy planteado con caracteres de mayor gravedad que entonces y obedece a una causa esencial que sólo rige desde hace poco tiempo: la creencia de que la condición de servidor poco menos que estigmatiza y degrada. En efecto: nadie quiere ser hoy criado si puede ser, en su lugar, cualquier otra cosa. La crisis, pues, es esencial y no adjetiva y sólo remediable con una política de concesiones económicas prácticamente inasequible.

Cierto que, en los medios campesinos, donde antes florecían las domésticas como las amapolas, se oyen otras voces sirenaicas y se agitan señuelos externamente más tentadores. Es indudable que el jornal de una fábrica casi nunca proporciona las comodidades de que dispone el servidor de una casa de la clase media, pero también lo es que cuanto más distante esté y más impreciso sea aquel a quien se arrienda el esfuerzo, menos pesadumbre impone al que lo presta. Es mejor servir a una anónima que a una regular colectiva, mejor al patrono de unos almacenes que al de una tiendecita de barrio, y con más facilidad se encuentran gentes dispuestas a cuidar los servicios sanitarios de un hotel que los niños de un odontólogo.

Es la subordinación, la dependencia directa, la que repugna a la sensibilidad de nuestros días y la que provoca, primero, la escasez y, segundo, la alteración de las normas que hasta hace muy poco fueron tradicionales en este tipo de contratos. El servicio doméstico se va acogiendo al rito de las oficinas. Disminuyen las criadas, aumentan las empleadas. De ahí la hostilidad a dormir bajo el mismo techo, la demanda de un horario limitado, las exigencias de vacaciones retribuídas, de seguros y otros gajes que antes se desconocían. Antes...

Gabriel y Galán, por ejemplo, fué un poeta que tuvo mucha suerte con el servicio. En su obra poética andan desperdigadas alusiones a los criados leales, uña de la propia familia, fundidos a sus miembros para el bien y el mal. Tampoco los Quintero nos legaron ninguna experiencia amarga sobre ese tema. Los famosos criados de sus comedias dispuestos a dejarse matar por su señorito le salen a uno al paso continuamente. Pero las cosas han cambiado mucho y ahora, tal y como se presentan, no nos va quedando a los aprendices de dramaturgo de 1959 ni una mala asistenta con la que rellenar un tercer acto, sobre todo si aspiramos a que la crítica no los tache de artificiosos.

En los estudios de Hollywood, antes de la crisis, era con frecuencia utilizado un actor gordo y carirredondo para los papeles de ayuda de cámara. Hace tiempo que no le veo representarlos con el simpático engolamiento que le caracterizaba. Ignoro si es que el actor ha muerto, se ha retirado o si es que los servidores andan también de capa caída en los hogares americanos, a tal extremo que en Hollywood ni el Sindicato del Espectáculo los proporciona ya. En todo caso, la crisis es notoria. La vieja "lady" lo tenía anunciado. Yo la vi, en las páginas de una revista, con su papada y sus impertinentes, pronosticar el futuro: "Mi sobrino John es tan revolucionario en cuestiones sociales, que dice que un día tocaremos el timbre y no vendrá nadi ."

Ese día, la verdad sea dicha, ha llegado ya. O está llegando. Y será triste para todos, para los que llamaban al timbre y para los que acudían. Nadie, demagogo fácil, se felicite de su advenimiento. Se cierran muchas puertas a la comodidad del hombre y a su trabajo. Ciertamente, una clara interdependencia nos liga y entrelaza. Todos prestamos servicio a todos. Los súbditos al Rey y el Rey a los súbditos. El artífice de los violines de Cremona al virtuoso y el virtuoso a los que hicieron el violín palpitante y sensible. Inútil es el intento de emanciparse de esa rueda y absurdo destruirla. Por otra parte—dicho sea de paso—, la vida la reconstruye siempre. Aunque con diferentes giros. A los lacayos de otrora los reemplazan los guardacoches de hogaño; a los cocheros, los mecánicos, y manos artesanas se aplican a lustrar el "Cadillac" último modelo sujetos a las mismas incomodidades que los que, medio siglo atrás, dejaban las portezuelas del "landau" relucientes como un espejo.

El servicio doméstico, eso sí, sufre asechanzas más graves, y su censo disminuye. Para reemplazarlo surgen cada día nuevas invenciones. Las viejas láminas, los viejos cuadros de las antiguas cocinas con sus peroles, sus cazuelas, sus espetones, sus almireces, sus molinillos, sus frusieros y sus padillas son hoy puro anacronismo. Asépticas cámaras parecidas a las estaciones de tiro de un acorazado las reemplazan, y un "robot" sustituye el alto y respetado oficiante que asperjaba los guisos con milagrosas y secretas especias y comparecía, á veces, al final de los banquetes más empingorotados, a recibir los plácemes de los comensales con la misma altivez y señorío con que los espectadores del estreno de "Nuestra Señora del Buen Aire" vimos saludar a don Enrique Larreta.

Otras costumbres, sí. Para remedio de esa laguna en el servicio, la electrificación. Mis respetos a tan ilustre señora. En alguna otra oportunidad mantuve la aburguesada tesis de que si bien es deslumbrador ver cómo un cachivache de clínica tritura y pulveriza el chocolate, lo agita y revuelve, lo mezcla sin grumos y lo expele por un canalillo de níquel en breves minutos, no hay desayuno que con más comodidad nos prepare el trabajo cotidiano que ése que pedimos a nuestra buena Martina, apenas despunta la mañana, de una manera casi inconsciente y refleja. Yo, sigo, sí, atrincherado en esa predilección, suspirante de ese goce, aunque me dé cuenta de su efimeridad, aun cuando sepa, de cierto, como la "lady" del "Punch", que me voy a quedar cualquier día sin más desayuno que el que yo mismo me prepare y que mis hijos, poniendo los ojos en blanco y llamando a 1959 "la belle époque", recordarán nostálgicamente los tiempos en que le oían decir a su padre, aún no del todo desperezado: "Ya sabe, Martina, como siempre... Con dos tostadas... Y el A B C."

Joaquín CALVO SOTELO
de la Real Academia Española